

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

40

OCTUBRE-DICIEMBRE

1950

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. LUIS GARRIDO

Secretario General:

DR. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR-FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$ 11.00
Exterior	Dls. 2.00
Número suelto	\$ 3.00
Número atrasado	4.00

Sumario

ARTICULOS

	Págs.
José Gaos	<i>Lo mexicano en filosofía</i> 219
Eduardo Nicol	<i>Meditación del propio ser</i> 243
José Revueltas	<i>Posibilidades y limitaciones del mexicano</i> 255
Alfredo Gómez de la Vega.	<i>La actuación y dirección en el teatro mexicano</i> 275
José Domingo Lavín.	<i>Notas sobre la clase patronal mexicana</i> 293
Raoul Fournier	<i>Cantinflas y la risa</i> 313
Juan Hernández Luna	<i>Primeros estudios sobre el mexicano en nuestro siglo</i> 327

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Raúl Cardiel Reyes.	<i>La idea del descubrimiento de América.</i> (Edmundo O'Gorman.) 355
Elena Orozco	<i>Don Justo Sierra. Su vida, sus ideas y su obra.</i> (Agustín Yáñez.) 359

	Págs.
Luis García Romero	<i>Introducción a la lógica jurídica.</i> (Eduardo García Máynez.)
	365
Pedro Rojas Rodríguez	<i>El laberinto de la soledad.</i> (Octavio Paz.)
	370
Bernabé Navarro	<i>Filosofía mexicana del siglo XVI.</i> (Oswaldo Robles.)
	377
J. H. Luna	Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras
	383
Publicaciones recibidas	387
Registro de revistas	389

PRIMEROS ESTUDIOS SOBRE EL MEXICANO EN NUESTRO SIGLO

CHAVEZ O DE LA SENSIBILIDAD DEL MEXICANO

A don Ezequiel A. Chávez corresponde la primacía de haber iniciado conscientemente en nuestro siglo el estudio sobre el mexicano. En 1900 escribe un "Ensayo sobre los rasgos distintivos de la sensibilidad como factor del carácter mexicano", que es discutido en una de las sesiones del "Concurso Científico Nacional" celebrado en la ciudad de México en diciembre de ese año, y publicado en marzo de 1901 en la *Revista Positiva*.¹

Para estimar la significación histórica que tiene la aparición de este ensayo, hay que recordar que bajo la dictadura del general Díaz, la vida cultural y social de México transcurría conforme a una deplorable *imitación* de lo extranjero. En filosofía las autoridades imprescindibles eran Comte, Mill y Spencer; en música se creía que la pauta la daba Leipzig; en literatura el arquetipo lo proporcionaba el París moderno; en pintura, escultura y arquitectura, no se veía otro camino que copiar la Europa de los salones oficiales; y en política y economía, el liberalismo del siglo XVII se consideraba definitivo.²

1. *Punto de partida y método*.—Esta tendencia a la *imitación* constituye el punto de partida del ensayo del maestro Chávez. Se incide con

1 Ezequiel A. Chávez. "Ensayo sobre los rasgos distintivos de la sensibilidad como factor del carácter mexicano." Memoria presentada en la sesión del 13 de diciembre del Concurso Científico Nacional de 1900. *Revista Positiva*, núm. 3. 1º de marzo de 1901. Pp. 81 a 99 del vol. 1.

2 Cf. Pedro Henríquez Ureña. "La Revolución y la cultura en México." *Revista de Filosofía. Cultura. Ciencias. Educación*. Buenos Aires, enero, 1925.

frecuencia, escribe, en el absurdo de querer trasplantar al país "instituciones educativas, represivas o políticas" que han florecido en otros, sin reflexionar que acaso no sean aclimatables en el intelecto, en los sentimientos y en la voluntad de nuestro pueblo a quien se trata de mejorar. Conservamos la "ilusión de que instituciones buenas en otros países serán buenas también en el nuestro, sin hacerlas sufrir modificación ninguna; y tenemos a veces, por falta de estudio de tales asuntos, el candor de creer que podrán copiarse organizaciones ajenas y colocarlas sobre el organismo nacional de un modo perfecto, cuando sabemos que un simple traje bueno para un sajón no puede avenirse a un mexicano sin hacerle sufrir modificaciones considerables".

En varios países, añade, se ha principiado ya a estudiar el carácter nacional, para adaptar a él las instituciones que le convengan. En México "casi nada o demasiado poco" conocemos sobre el particular. Sabemos que somos "distintos psíquicamente de un francés o de un anglo-americano, de un chino o de un alemán; pero ignoramos en qué consiste la diferencia".

Hay, por tanto, que abandonar este absurdo de la imitación extranjera a que estamos habituados y emprender la investigación de nuestro carácter nacional. Un estudio completo de él, exigiría numerosas observaciones sobre la manera peculiar de "pensar", de "querer" y de "sentir" del mexicano. Pero como esto no puede hacerse rápidamente y tiene singular dificultad, ya que el carácter de nuestra nación representa la resultante de los fenómenos psíquicos que se revelan en los numerosos individuos que componen al pueblo mexicano y dichos fenómenos se encuentran inextricablemente entremezclados, hay que empezar este estudio, "como lo aconseja en sus reglas sobre el método el inmortal Descartes", dividiendo la dificultad en partes, y perseguir cuidadosamente la solución de una parte del problema a fin de pasar a otra más tarde. "Debido a esto, he hecho punto omiso de los demás factores del carácter mexicano y he concretado el presente estudio a los *rasgos distintivos de la sensibilidad* como elemento constitutivo del mismo carácter."

2. *Heterogeneidad del pueblo mexicano*.—Conviene, desde luego, hacer notar que el pueblo mexicano no forma un solo cuerpo homogéneo, sino que está constituido por diversos elementos o grupos demográficos, que presentan cada uno un "carácter propio" y que son: el *indígena*, que

a pesar de cuatro centurias transcurridas desde la Conquista, rige aún en varios millones de individuos; el *criollo*, formado por los descendientes directos y sin mezcla de los extranjeros; el *mestizo superior*, descendiente de razas mezcladas, nacido en buena cuna, hijo de familias regularmente establecidas, que secularmente ha tenido antecesores en hogares bien constituidos, que es capaz de refinamientos, de comodidades, de cultura, y es el "resistente nervio del pueblo mexicano"; y el *mestizo vulgar*, que es también descendiente de razas mezcladas, pero que no tiene un árbol genealógico de familias constituidas, que le hayan dado una educación social y formado un "alma de cooperador orgánico"; es el hijo de clases sin raíces, nacido de uniones fortuitas, de "incesantes amasiatos", de "efímeros azares", de "desamparado tálamo", de "familia rota ó deshecha", y que forma el bajo fondo, la hez de la sociedad.

Siendo heterogéneos los elementos que constituyen el organismo nacional, se impone la necesidad de analizar lo que hay de peculiar en la *sensibilidad* de cada uno de ellos; esto es, hay que estudiar lo que es característico de la sensibilidad de los indígenas, mestizos superiores y mestizos vulgares. En este estudio el autor declara que va a seguir el mismo "orden que sigue la vida": nacimiento o producción de la sensibilidad; caracterización de la sensibilidad en sí misma y en sus relaciones con la inteligencia; duración o permanencia de la sensibilidad; efectos y término de la propia sensibilidad.

3. *Modo de producción de la sensibilidad.*—Por lo que ve al modo de producción de la sensibilidad, Chávez plantea así la cuestión: ¿Son las emociones para los mexicanos "fenómenos de pronto y rápido nacimiento como lo son para los franceses? ¿Basta una chispa para encender la sensibilidad o bien es al contrario de eclosión difícil y trabajosa y se necesitan reiterados estímulos, múltiples provocaciones, repetidos esfuerzos para formarla?"

En el *indígena*, los procesos afectivos se desenvuelven con inmensa dificultad, su "sensibilidad se despierta con trabajo: nace poco a poco y durante largo tiempo resiste a los excitantes que tienden a provocarla". De aquí que sea proverbial la "flema imperturbable del indio, su estoica taciturnidad, su impenetrable inercia". A esta dificultad para excitar su sensibilidad se debe que la obra de la civilización haya resultado trabajosa para esta masa compacta, que por su misma insensibilidad se re-

siste a aceptar aquello que rompa la cadena de sus hábitos; “ni la lengua española de la que apenas posee unas cuantas voces carentes de sintaxis, prosodia y ortografía, ni la religión católica, de la que sólo ha asimilado partes de los ritos y de las formas exteriores; ni los útiles, ni los trajes, ni las habitaciones, ni las costumbres”. La dificultad del indígena para suscitarle emociones permite decir que “parece tener desdén por todo: por el progreso como por el retroceso, por la muerte como por la vida, por el trabajo como por el descanso, por la esperanza como por la desesperación”. Esta dificultad, que a veces llega a ser casi imposibilidad, para desenvolver en él los procesos afectivos, ha hecho que se diga que los millones de indígenas que alberga nuestra patria forman una masa inerte e incommovible que dificulta y amengua el desarrollo del progreso.

En cambio, en el *europeo* y el *criollo* , el modo de producción de la sensibilidad es “superabundantemente fácil”; ellos tienen facilidad mayor para experimentar emociones; el desarrollo de sus procesos afectivos alcanza, tanto en los europeos como en sus descendientes, su “grado máximo”. A esto se debe que los criollos, “aguijoneados por esta facilidad de sentir los diversos cambios de la política y de su situación personal, pasaron de las antiguas filas de los realistas, como lo hicieron Iturbide, Santa Anna y otros muchos, a las filas independientes y de unas banderías políticas a las opuestas, repetidas ocasiones”. A esta facilidad de sentir se debe también que en varias ocasiones los europeos y sus descendientes hayan “querido volcar sobre México los horrores de la intervención extranjera”.

En el *mestizo superior* puede advertirse una “excitabilidad menor”, “relativamente moderada”, que en los extranjeros y criollos. Gracias a ello han resistido mejor a las turbulencias; “han visto sin commoverse demasiado las tormentas públicas y han conservado en medio de los vaivenes sus viejos asientos”.

En el *mestizo vulgar* se da una “sensibilidad variable”. Esto explica la facilidad con que se “enreda en relaciones amorosas y funda hogares que nunca duran más que efímeros tiempos”; la “facilidad con que gasta más de lo que tiene, razón por la que a menudo el mismo día o al menos muy poco después de la ‘raya’, tiene que acudir al ‘empeño’, para obtener a cambio de prenda, que por lo común pierde, el dinero necesario para satisfacer innumerables tentaciones y poquísimas necesidades”; “que

no le importe vivir desgarrado y sin muebles ningunos, siempre que sus apetitos encuentren satisfacción adecuada”.

4. *Caracterización de la sensibilidad.*—En cuanto a la sensibilidad en sí misma, a sus relaciones con la inteligencia, Chávez formula en estos términos el problema: una vez producida la emoción, “¿qué la distingue en el carácter mexicano?, ¿predominan en ella las condiciones que pudiéramos llamar viscerales, o bien las modifica una opulenta o fácil cerebralización? Si lo primero, debemos encontrar unas cuantas formas de emociones, siempre fecundadas por las ideas pero por pocas y apenas diferentes; si lo segundo, se nos presentará una cosecha múltiple de sentimientos, de numerosos colores y de floraciones diversas”. En este punto tiene particular influencia la ilustración de los diferentes grupos demográficos que constiuyen el cuerpo de la nación mexicana.

Para el indio, “desprovisto en general de cultura”, atado por “viejísimos tradicionalismos”, paralizado por las “lianas de la superstición” y por “indestructibles hábitos”, no hay muchas sino pocas emociones. Generalmente es indiferente y permanece inerte; “sólo llega a sentir lo que por largos años lo excita, y sólo llega a querer lo que una necesidad inveterada le hace experimentar”. Su “sensibilidad se acerca a la forma que hemos llamado visceral, más honda pero menos cerebralizada”. Entre las pocas emociones que el indio es capaz de sentir, Chávez enumera cinco: a) *El amor a la tierra que le da de comer.* Esta emoción ha nacido del hecho de que ha vivido por siglos en estricta unión con la tierra, de la que ha sacado la vida misma. El indígena “no concibe aún la patria mexicana; pero sí concibe su tierra y en particular ama la que le da su casi irrisoria alimentación, por eso el indio no defiende espontáneamente y por su sola iniciativa el territorio nacional; no sabe que a tanto se extiende su patria; defiende nada más su montaña, su terreno que conoce bien y que lo mismo disputa a las fuerzas extranjeras que a las federales y tanto a las de un Estado como a otro grupo de indios a quienes batirá implacablemente si con él tiene pleitos de dominio”. b) *Su aversión idiosincrática y laudable a todo despotismo.* La “repetida influencia de inveteradas condiciones de medio social despótico” en que el indio ha vivido, ha suscitado en él la “aversión por cuanto pueda limitar su libertad personal: aversión que lo hace desconfiado y receloso para todas las innovaciones, que lo empuja al aislamiento, que lo obliga a huir de las

ciudades, que lo esconde en las serranías y lo aísla en los despoblados, y que siempre que viene acompañada del sentimiento de su impotencia, cuando está sumergido en la civilización que no entiende, lo hace soportar, lo vuelve estoico; pero que en cambio le da entereza extraordinaria cuando este sentimiento de impotencia se desvanece". c) Su *frecuente inclinación a la embriaguez*, como lenitivo de las miserias. Como el indio sabe bien "que forma el cimiento secular de carne y de dolor sobre el que se yergue el edificio social, y tiene casi siempre perdida la esperanza de volcar la masa gigantesca que sobre él descansa en inmensa mole, busca a veces una puerta de escape de su razón en la embriaguez que lo enloquece y que lúgubrementemente lo tiende en el pesado mar de sus opacas alucinaciones". d) Su *indiferencia impávida por la muerte*. La embriaguez, sin embargo, "es transitoria y el peso de la vida es constante: el indio comprende por tanto que el único descanso definitivo es la muerte, y si ya hoy no se suicidan numerosos indígenas como lo hicieron cuando los gobernantes españoles se empeñaban en arrancarlos de sus pobres tierras y hundirlos en la sentina de la ciudad, a lo menos tienen una suprema *indiferencia por la muerte*: perecen con verdadero estoicismo en los campos de batalla, en el patíbulo sin pestañear siquiera, o en un lance vulgar, y en tanto que para los extranjeros *estar en capilla* es padecer el mayor de los suplicios, esto deja al indio frecuentemente impávido; con exageración se ha dicho que la muerte es para él un placer y que así lo patentiza en las fúnebres fiestas de los *velorios*: es decir demasiado; pero a lo menos casi no es un dolor y ha perdido el espanto tradicional que para otros pueblos tiene". e) Su *intensísima gratitud*. Las emociones anteriores tienen otra que les sirve de coronamiento. "Cuando en el desamparo el indio siente una mano que lo protege y lo levanta, experimenta una sorpresa tan profunda que determina un sentimiento más: un sentimiento que no es el de la amistad porque la amistad supone igualdad parcial y él no la siente, un sentimiento que es más que la gratitud y casi no menos que la adoración; ese sentimiento es el que hacía venir a los indios en busca de su protector fray Pedro de Gante, trayéndole flores y humildes frutos, sin que nada ni nadie pudiera convencerlos de que años atrás Gante había muerto; ese sentimiento es el que hizo en el Paraguay el imperio de los jesuitas, más fuerte que el de los españoles"; ese sentimiento es el que "obtuvo numerosas veces la pacificación de las tribus indómitas, que ningún guerrero vencía y que a menudo docilizaban en

la Nueva España los misioneros"; ese estado afectivo es el que nace "todavía ahora hacia los curas de pueblo y de montaña que a veces en apariencia y a veces de veras practican las virtudes de Cristo", y que ha sido sublimado en el "fervoroso culto que rinde a la Virgen de Guadalupe, a la Divina amiga de Juan Diego". La sensibilidad del indio resulta así constiuída por esa pentalogía de emociones, que han nacido lentamente por el "efecto secular de los sufrimientos" y no se "matizan ni se diversifican por la acción de las ideas", de donde resulta que la sensibilidad del indio es visceral y no cerebralizada.

La sensibilidad del *mestizo vulgar* puede definirse como "intuitiva, concreta, imaginativa", "cerebral ciertamente", "intelectual propiamente dicha, abstracta y deductiva". Enriquece su "rápida sensibilidad con mayor número de ideas". Del hecho de vivir en las ciudades "saca todas las sugerencias del magullamiento social". Ha "comprendido bien que todos sus triunfos y sus goces los debe a su arrojo, a su valor personal, y que no debe esperar nada de nadie". Es "fanfarrón y valiente", "no es supersticioso, ni potruco, ni semidios", "es prácticamente polígamo, infiel a todas sus damas, a sus dioses y a sus reyes", es un "espíritu bárbaramente escéptico", con una "gran virtud, nada, ni nadie le produce envidia", su máxima aspiración es la de "ser muy hombre", "ama a su patria y tiene el sentimiento de lo que es una gran nación", es "fiel como un árabe cuando promete pelear", es "informal como un astrólogo cuando promete saldar sus deudas", es "anticlerical, jacobino sin apetito sanguiinario: se burla de los frailes sin aborrecerlos", su sensibilidad no se intelectualiza "con la representación mental de lo futuro: rica y rápida para todo lo presente, es una mariposa en torno de los placeres: no resiste ni a la tentación de la burla fácil, ni a la de la bebida embriagante, como no resiste a la sugestión de la falda que pasa o a la del motín callejero, ni a la de la pereza de San Lunes"; "incapaz de asociar en sus emociones lo futuro, ni concibe la economía ni la vejez: no trata de salir de su esfera social de libertad y de irregular trabajo, ni se preocupa por aspiraciones superiores".

La sensibilidad del *mestizo superior*, por el contrario, se "eleva hasta un grado más alto intelectualizándose", "con más o menos completos ideales". Este mestizo es capaz de experimentar todas las emociones y de animarlas con el soplo fecundo de los grandes ideales. "El mestizo superior en México ha sentido el ideal de la Independencia, de la Reforma,

de la democracia, de la instrucción obligatoria, de la civilización profusa y gratuita y los va creando, no con la labor paciente y segura del anglosajón, paso tras paso, sino deductivamente, y a grandes, aunque a menudo torpes vuelos, lanzando sobre la República la fulguración de sus principios; deslumbrando con un Sinaí de profecías, con un Tabor de decretos; estrellándose hoy en parte con las realidades tardías, corrigiéndose hoy mismo y sin esperar a mañana para provocar nuevas auroras."

5. *Duración de la sensibilidad.*—En cuanto a la duración y fuerza de la sensibilidad, Chávez hace las siguientes consideraciones. En el *indio*, la duración es "permanente, definitiva, de cristal de roca", con "raíces de ahuehuete, hondas y fuertes", de "maciza profundidad", de "hondo enraizamiento", de "fuerza indestructible". Como resultado de la poca cerebralización en las emociones, se produce con dificultad la emoción en el indígena, "pero por lo mismo rara vez viene una nueva a romper la secular estática de los antiguos sentimientos; con dificultad penetran ideas a matizar sus emociones y por eso no las diversifican ni las enriquecen; pero en cambio la fermentescible levadura del pensamiento no las altera, no las deslíe; las deja momificadas, incólumes, en su secular y sordo desenvolvimiento". De esta profundidad en las emociones "nace una tenacidad inmensa; testarudo como el indio se dice a veces, y debería considerarse frecuentemente esta frase como un gran elogio". Tal firmeza en las emociones no es nueva. Gracias a ella los aztecas se apoderaron de la laguna donde hoy se asienta la capital de nuestra República; crearon "jardines donde había pantanos" y "palacios donde se sacudían revueltas aguas"; resistieron con heroísmo sin límites contra centenares de miles de hombres como los que formaban las tribus antes establecidas; explica la valentía indomable de Cuitláhuac y Cuauhtémoc. Esta pertinaz durabilidad de los sentimientos en el indio, no sólo es característica de los que han carecido de la cultura europea desde antes de la Conquista hasta nuestros días, sino también de los indios ilustrados. "Cuando el sangriento sable de los realistas había debelado cabezas de insurgentes sobre todo el haz de la patria, cuando en todas partes los leones de los combates habían abandonado la lucha, un indio casi puro, el infrangible don Vicente Guerrero, persistió sin descanso, con la misma fe en el alma y la misma esperanza en el espíritu, sin desmayar ni flexionarse ante nada." El inmortal Benito Juárez "es benemérito no sólo del Nuevo Mun-

do sino de la conciencia de la humanidad, porque los propios sentimientos patrióticos que le dieron una actitud genial en las primeras horas de la guerra de Reforma, lo acompañaron sin un segundo de vacilación en el desierto sin agua y sin pan de las estepas del Norte, en el que pudo parecer definitivo el derrumbamiento de las esperanzas de libertad de México, cuando por largo tiempo la intervención se afianzaba en la capital del país". El maestro Altamirano es otro ejemplo que comprueba de un "modo pleno que tal estabilidad de sentimientos es idiosincrática en el indio"; en su ánimo "sólo había un amor: el de México, sublimado en sus genios por excelencia de Cuauhtémoc y Morelos, y un solo odio, el de la tiranía, intensificada en sus más gigantescos sicarios, los conquistadores".

En el *mestizo vulgar*, la duración de la sensibilidad es "inquieta" y "versátil", menos honda, recubre sólo la superficie, "hace un aborbotamiento encima dejando intacto e ileso el fondo, y por eso no es posible registrar un solo carácter en el fuerte sentido de esta palabra en ninguno de los descendientes de los amasiatos tradicionales: hombres sólo de lo presente se agotan con la hora que pasa, y sus energías, aprovechables para el combate en la época de las campañas, dejan una huella roja que bien pronto borra el esponjazo de los días; apenas ha pasado para ellos la sensación de un momento y ya la siguiente los conmueve, los sacude, los ultraja y los abandona a la posterior: son los *instables*; lo único que en ellos dura es lo que ha cultivado enérgicamente su medio social y que para sus efímeros triunfos les ha servido: su amor propio, que ellos llaman a veces su dignidad y que les forma un sentimiento de honor tan quisquilloso como el de los extintos señores feudales".

Para el *mestizo superior* la duración de la sensibilidad es "sistemática" o "sistemáticamente permanente". Esto se debe a que ellos intelectualizan sus sentimientos con una tendencia a "la formación de abstractos ideales, extensos en unos, raquíuticos en otros, pero que forman casi siempre un eje de cristalización de los sentimientos, cerebralizándolos y haciéndolos al propio tiempo fuertes y vivaces, relativamente estables y concentrados: resultan así los hombres de sistema, los que arrojan sus tendencias en moldes determinados, los que bautizamos con el nombre de jacobinos; lo mismo que la mayor parte de los constituyentes para quienes el país debía adaptarse, quieras o no, al rigor nítido de sus conceptos racionalistas, de prodigiosa arquitectura rectilínea, artificial y hermosa". El "producto soberano" de esta forma de sensibilidad es don Gabino Barre-

da, el padre de la Escuela Nacional Preparatoria, que con la "piqueta de la ciencia se propuso derribar el solio de la anarquía".

6. *Efectos de la sensibilidad.*—Respecto al problema de las manifestaciones o efectos de la sensibilidad, Chávez lo plantea así: "¿Produce esta múltiples reacciones exteriores, es expansiva, dinámica, centrífuga, o bien por lo contrario determina efectos internos, es centrípeta, inerte?"

En el *indígena* la sensibilidad es de "carácter interno y centrípeta", "inerte, estática", "sorda y con reacciones tardías". A este carácter se debe que los "mayores sufrimientos en los hospitales, las más atroces operaciones no le hacen lanzar un grito: sus orgías son silenciosas y mudo su trabajo"; no "es impulsivo, no reacciona con la celeridad del rayo: su sensibilidad tiene carácter inerte y como pasivo y estático: a veces la conmoción que experimenta queda sin respuesta, otras veces se aplaza largo tiempo, produciendo así siniestros rencores que hacen decir que el *indio nunca olvida*. La sensibilidad entonces queda, digámoslo así, virtualizada en cuanto a sus efectos, contenida: si se sorprende a un indio en el acto de ir a cometer un delito perpetrándolo sobre otro indio, la actitud observable en ambos es característica: ninguno exhala un grito: vuelven con sórdido silencio a sus ocupaciones; las quejas o las injurias que se escapaban entre los apretados dientes se hielan de repente. Por eso muchos de los crímenes que cometen los indígenas son bien distintos de los que otros hombres cometen: son el fruto de pasiones reconcentradas, de odios voraces que se han empollado largo tiempo; a menudo los provocan los celos, y como no los acompaña la explosión de manifestaciones que habría en individuos diversos, tienen el siniestro resplandor de los rayos que estallan sin nubes: brotan así sobre la taciturnidad y la impasible atonía del indio cóleras blancas, pasiones frías que horrorizan tanto más a los hombres de otras razas cuanto que no están hechos para entenderlas.

"Por el mismo carácter interno de la sensibilidad indígena, por esta su evolución relativamente tardía, resulta que el indio, dominado y como quebrantado durante siglos, como lo estaban desde la época de Motecuhzoma Xocoyotzin los infelices *macehuales*, ha llegado a ser capaz de soportarlo todo: lo mismo el hambre, que sacia con el más exiguo alimento, que la fatiga, que parece no experimentar después de inmensas jornadas en las que atraviesa el país convertido en bestia de carga; y tanto la larga peregrinación con silicios de espinas para llegar al Santuario de Guada-

lupe, cuanto la afrenta del zafio tendero que lo trata con burla procaz e imbécil desdén, y el despotismo del amo de la hacienda, de la misma manera que el del militar de superior graduación que lo coge de leva, lo trata a cintarazos y lo lleva a pelear y a morir en cualquier hecho de armas.

“Por eso se ha dicho que, cuando dejó de cebarse en él el ave de presa de la conquista, siguió cebándose en él mismo el gran detentador de los bienes de manos muertas, y luego que éste quedó vencido por la Reforma ha seguido aún oprimiéndolo, vejándolo y siendo su vampiro, el cacique del pueblo, el dueño de la hacienda, el pica-pleitos que hace sudar oro a la discordia, el quídam de tez blanca, todos los que viven con él, todos los que junto a él pasan.”

En el *mestizo vulgar* la sensibilidad es “dinámica-impulsiva”, “invasora, dinámica”. La sensibilidad “del individuo a quien despectivamente llamamos el *pelado* de México es exterior, centrífuga y expansiva”, “impulsiva, ardorosa y fugaz: por eso la criminalidad del hijo de la plebe de nuestras ciudades se caracteriza, como lo ha hecho notar hábilmente el distinguido sociólogo don Miguel S. Macedo, por la reacción súbita y a menudo desproporcionada respecto del excitante: para él se produce el reino de los reflejos extremado a menudo por la embriaguez, y en gran parte de la altiplanicie por el pulque, que, según la atinada observación del doctor Macouzet, caracteriza el segundo período de sus efectos por el estado deambulatorio impulsivo, que aniquila la deliberación para los actos volitivos, y convierte a su víctima en una simple máquina de impulsos, en un resorte que cualquier soplo suelta y que se precipita en múltiples agresiones por los más fútiles motivos: es que entonces no es el excitante externo el que determina la reacción, es el excitante que pudiera llamarse intestinal, que caldea la sangre y tonifica al extremo los músculos, que provoca ardorosas sensaciones cenestésicas de una vida orgánica momentáneamente hipertrofiada, y lanza, no a la bestia, al proyectil humano, sobre todo y sobre todos”.

En el *mestizo superior* la sensibilidad es “dinámica-deliberante”. En éste las “emociones son también de tipo dinámico y centrífugo, conducen a la realización de actos; pero por el hecho de que numerosas ideas han venido a enriquecer dichas emociones y las han hecho proliferar abundantemente, resulta que unas detienen la participación de las otras; se inhiben entonces entre sí por cierto tiempo, se equilibran en parte: el fiel de la

resolución, en la balanza de la voluntad, oscila un poco antes de inclinarse de un modo irrevocable, y deja al acto una vez formado, el fuerte sello de la reflexión, por la que extinto ya el aventurero régimen de los reflejos, fértil en sorpresas, se abandona el puesto a la voluntad por fin en plena vía de organizarse o en ocasiones ya formada.

“Este contrabalanceamiento de los estados afectivos, que pone un alto entre el excitante y la acción, y tiende el puente de las deliberaciones como irremediable camino de la conducta, este entrechoque de factores emotivos, hace que surjan netamente, en los individuos que lo experimentan, el concepto del propio interés y del interés ajeno, y que aparezcan (no sólo como en general lo hacen antes, bajo las formas subconscientes, sino también bajo las formas conscientes) el egoísmo y el altruísmo. Estas dos irizaciones de la sensibilidad se marcan entonces mejor que en ninguna otra parte entre los mestizos superiores; pero cábeme orgullo al afirmar que en México poco se observa la egoísta rapacidad de ciertas razas, y por lo contrario se advierte una tendencia de índole altruista, como lo han visto bien los acertados pensadores don Enrique C. Creel y don Telésforo García, quienes observan que la honradez del comercio mexicano y su tolerancia muy grande para los cobros, tienden a volverse proverbiales, por tal manera que así la sensibilidad estrecha del egoísta puro, que sólo siente sus propios estados de ánimo, se ve agrandada a menudo en considerable número de mexicanos por la facilidad que tienen para imaginar y sentir lo que otros sienten, con ganancia no despreciable de progreso moral.”

Debemos, dice Chávez al final de su ensayo, estar satisfechos de las condiciones psíquicas del pueblo mexicano. La “rápida excitabilidad y la dinámica deliberación del mestizo superior, pudieran ser funestas sin la resistente solidez del indio ilustrado, que da cimientos de montaña a las fulminantes iniciativas del hijo de las razas mezcladas; por otra parte la inerte sensibilidad, la difícil penetración del indio son infaustas, porque la gran máquina del progreso no puede, con ese elemento, ponerse en marcha: ligadas no obstante la cerebralizada emoción, fina y múltiple del mestizo, y la seguridad de roca, la tenaz persistencia del indio, pueden asegurar la implantación resuelta de los progresos instaurados. En medio, no obstante, queda el que sólo ha llegado a la categoría de un útil peligroso, el mestizo vulgar, y urge tanto amueblar el cerebro del indio con ideas que lo hagan entrar en la fecunda corriente de la civilización,

como dar hogares a los hijos tradicionales de la encrucijada, para destruir todo parasitismo y todo comensalismo en nuestra patria, y erigir a todos sus hijos en unidades vivientes, de profunda cooperación orgánica”.

Este cuadro de la sensibilidad mexicana diseñado por el maestro Chávez en su ensayo, es únicamente el estudio de uno de los tres factores que integran el carácter nacional. Por él sabemos ya como “siente” el mexicano. Sin embargo, no es suficiente para lograr un conocimiento completo del carácter de nuestro pueblo, porque falta para ello el estudio de otros dos factores: el del pensamiento y el de la voluntad del mexicano. ¿Cuáles son las maneras peculiares del “pensar” y del “querer” del mexicano? El maestro Chávez prometió que, una vez terminado el estudio sobre la sensibilidad, emprendería el de los otros dos factores; pero desgraciadamente tales estudios no fueron realizados. Quedaron como sugerencias para la posteridad y siguen allí esperando al profesor o al estudiante de psicología que, tomando el hilo de la investigación donde el maestro la dejó, lo lleve hasta el final poniéndonos en claro cuál es la manera peculiar de “pensar” y de “querer” del indígena, del mestizo superior y del mestizo vulgar. Sólo entonces, como lo advirtió el maestro Chávez en su ensayo, estaremos en condiciones de saber “por qué” el mexicano es psíquicamente distinto de un alemán, de un francés, de un angloamericano o de un chino.

7. *Un Instituto Nacional de Psicología.*—Además de este ensayo sobre la sensibilidad del mexicano, el maestro Chávez concibió el proyecto de fundar un Instituto Nacional de Psicología, consagrado a estudiar el alma de los indios, mestizos y blancos de toda la República. Una idea de lo que había de ser dicho Instituto, fué comunicada al doctor Baldwin a principios de 1908, durante su estancia en Baltimore. Le comuniqué, escribe don Ezequiel, “uno de mis sueños: llegar a fundar en México un Instituto de Psicología que, destacado a través de toda la República, estudiara directamente en cada lugar de ella el alma de los indios, el alma de los mestizos, el alma de los blancos, como ya estudiaban: nuestro *Observatorio Astronómico*, el cielo de México; nuestro *Observatorio Meteorológico*, las nubes, los vientos, las lluvias, los ciclones, los meteoros de México; nuestro *Instituto Geológico*, los estratos geológicos de México; nuestra *Comisión Geográfica Exploradora*, la geografía de México; nuestro *Museo Nacional*, la flora, la fauna, la arqueología, la etnología y la

historia de México; nuestro *Instituto Bacteriológico*, los gérmenes que atacan y reducen la vida en México; nuestro *Instituto Patológico*, las enfermedades de los hombres que viven en México; nuestro *Instituto Médico*, que ahora llamamos ya biológico, los remedios de los males físicos que las poblaciones sufren en México, y las modalidades que el medio ambiente imprime en cada punto en los organismos y a las funciones de los organismos en México. Nos faltan aún, decía yo a Baldwin, dos institutos que pudieran ser uno solo: que estudiara el alma de México auscultando los latidos del corazón de los mexicanos, espiando sus miradas, sorprendiendo las sonrisas, recogiendo los suspiros, las lágrimas, las imprecaciones, las oraciones de los habitantes de todo el país, para entender a todos e intentar concertar con sus aspiraciones el desenvolvimiento definitivo de un progreso armónico.”³

Lo mismo que su ensayo sobre la sensibilidad del mexicano, este proyecto sobre el Instituto Nacional de Psicología quedó allí, sin haber encontrado hasta hoy un Rector o un Secretario de Educación Pública capaces de convertir el sueño del maestro en realidad.

GUERRERO O DEL MEXICANO DEL ALTIPLANO

El mismo año de 1901 el licenciado Julio Guerrero publica *La génesis del crimen en México*,⁴ libro de psiquiatría social consagrado al estudio de las causas que determinan la “producción de los crímenes”, las “perversiones de carácter o inteligencia” de los mexicanos. “Mi estudio —escribe— es de *Psiquiatría*, de vicios, de errores, preocupaciones, deficiencias y crímenes; y mal hará quien por él juzgue a nuestra sociedad. Investigo hoy lo malo de ella, para poder después, con los datos que de esta investigación recoja, estudiar lo mucho grande, bello y noble que la caracteriza en el concurso actual de los pueblos civilizados” (pp. XIII y XIV).

3 Ezequiel A. Chávez. *3 conferencias. La vida y la obra de tres profesores ilustres de la Universidad Nacional de México*. Ediciones de la Universidad Nacional de México, 1937. Pp. 17 y 18.

4 Julio Guerrero. *La génesis del crimen en México. Estudio de psiquiatría social*. Librería de la Vda. de Ch. Bouret, México, 1901.

Las observaciones de Guerrero se refieren a los mexicanos que viven en la Meseta Central, pero bien pueden hacerse extensivas a los de todo el país, ya que, como él mismo declara, "en esta región hay individuos venidos de todos los ámbitos de la República" (p. XIII).

¿Cómo es este mexicano del Altiplano? Es un hombre de "respiración aérea", que vive en un "medio gaseoso", que "resiente" las alteraciones de la atmósfera, y que sufre "modificaciones" en su carácter a las que el autor califica de *anomalías climatéricas* (p. 20).

8. *La atonía o pereza muscular.*—Entre las anomalías de este mexicano descuella su "atonía", su "abulia", su "pereza muscular", su "falta de iniciativa motriz", su "amortiguamiento de vitalidad", su "inercia de vivir" que se revela en las actitudes y movimientos, tanto de la muchedumbre como de los individuos.

Manifestaciones de esta atonía son esos "grandes grupos que se reúnen por horas enteras en el teatro de cualquier acontecimiento callejero aunque no revista carácter alguno de espectáculo, como por ejemplo a la puerta de los jurados, sin que pueda verse ni oírse nada de las audiencias, ni tengan interés o curiosidad por conocer el desenlace; esas avenidas que en los días de revista militar se llenan de gente con anticipación de dos o tres horas, sin que sea motivo para alejarla del puesto tomado sin motivo, ni el sol, ni el polvo, ni el hambre, ni el cansancio; ese andar lánguido como si siempre se fuera de paseo, esas señoras, sobre todo, que van por las calles con una marcha cadenciosa y lenta que desesperaría a una europea o americana; esos empleados que en las oficinas públicas suelen estarse las horas enteras sin hacer nada, sentados en su pupitre, con los ojos sobre expedientes que no leen, pero que fingen estudiar, para esquivar el trabajo de platicar con sus compañeros; y ese hábito de demorar la resolución de los negocios que ha pasado al estado de costumbre en la tramitación de los públicos, y que ha tomado forma legal en los plazos larguísimos que los códigos señalan para cada gestión" (pp. 11 y 12); esos "individuos sentados a la entrada de zaguanes, en las bancas de los parques públicos o parados en las puertas de las notarías, que durante horas, día con día y por espacio de meses enteros, se están sin hacer nada absolutamente"; esas "muchachas que de igual modo pasan la tarde a sus balcones durante toda su juventud, y rechazan con dengues de displicencia cualquier invitación para ejercicio muscular"; ese uso

que se hace de los tranvías en México, no para "abreviar tiempo sino para ahorrar esfuerzos de ambulancia, pues en pocos pueblos civilizados se encuentra un desprecio más sistemático por los ejercicios corporales"; esa gran cantidad de "conventos clandestinos donde grandes grupos de cansados de vivir y de perezosos para luchar con el mundo, van a deslizarse en las reglas monótonas de las cofradías una existencia de suspiros y bostezos"; y esa "vida contemplativa", ese "quietismo", esa "calma" y esa "tranquilidad de espíritu", que toma creces y encuentra su centro principal en estas altitudes (p. 13).

9. *La pena o mortificación.*—La atonía o amortiguamiento de vitalidad predispone a la pena o mortificación, que es otra anomalía que presenta este mexicano. "Por no afrontar las miradas de una concurrencia, las señoritas de una tertulia procuran hablar bajo y con laconismo; están enhiestas en sus asientos, y no se permiten ninguna expansión de espíritu o libertad de movimiento. En los bailes, los caballeros quedan por el mismo motivo aglomerados a las puertas, y preferirían afrontar una riña a balazos a cruzar el salón sin un acompañante que les dé el valor que antes producía en las filas del ejército el contacto del camarada; y así es como se ha ido constituyendo en defecto nacional, de pereza en mortificación, y de mortificación en pereza, la renuncia para emprender en su oportunidad los esfuerzos pequeños que requieren los episodios constantes y nimios de la vida, aunque quede el carácter entero para afrontar las grandes luchas del trabajo, de la ciencia, de la guerra y de la política.

"No es otra la razón de la falta de valor civil para repeler inmediatamente cualquier atropello de las autoridades y aun de los particulares; y si se dejan impunes y se van consintiendo uno por uno, es por flojera de entrar en disputas y hacer reclamaciones, que exigirían trámites dilatados y molestos, más bien que por temor a las responsabilidades en que se incurriría en caso de fracaso o por miedo a la autoridad que se atacara. El respeto a los hechos consumados, es decir, la tendencia general del carácter mexicano para no remediar esos atropellos ni exigir la responsabilidad correspondiente al que incurre en ella, desde un abuso doméstico hasta la usurpación de un dictador, ha sido por consiguiente en México un elemento nacional de tiranía a disposición de los audaces, la excusa de muchas irregularidades gubernativas y un reproche constante de periodistas y tribunos a nuestra apatía" (pp. 15-16).

10. *El vicio del cigarro.*—La atonía o pereza muscular predispone también a este mexicano al uso del cigarro, que de uso se convierte en abuso o vicio y de éste en anomalía de su carácter. “Y en verdad, que muy pocos pueblos hay que abusen tanto de estas inhalaciones estimulantes. Comiéntase a fumar en los primeros años de la adolescencia, de suerte que cuando llega la pubertad, ya el organismo necesita la excitación tóxica, y no puede tener actividad espontánea de ninguna especie. Desde el aprendizaje de una lección de gramática hasta las meditaciones de los fallos supremos; sin miramientos a damas ni a personajes honorables, ni respeto a cargos o solemnidades públicas; en los tranvías, en los tribunales, en los ministerios, en las audiencias, en las juntas de comercio, en las conferencias profesionales, y en cualquier parte donde el mexicano necesita contraer un músculo o excitar un centro nervioso para determinar alguna actividad, se envuelve inmediatamente, como la pitonisa de la Gruta de Trofonio, en la atmósfera acre del humo estimulante, y la hace tanto más densa y persistente, cuanto más grave es el asunto que lo preocupa y mayor el número de los que lo debaten. Los salones de jurados y los despachos de los jueces presentan con frecuencia el mismo ámbito nebuloso de las cavernas. Las mesas, escritorios y burós de los mexicanos se caracterizan por las quemaduras de cigarros en sus bordes, sus dedos están jaspeados, ennegrecidos sus dientes, y prefieren quedarse sin comer a prescindir del cigarro, su eterno compañero que encienden al despertar y en cuyo humo saturan la sangre cuando se entregan al sueño de la noche.

“El término medio de cigarros que fuma un mexicano es de quince por día, y como cada uno dura de 8 a 10 minutos, resulta que excluyendo las horas de sueño y comidas, emplea de dos a tres horas diarias en impregnar su sangre con nicotina. Natural es que cuando llega la juventud venga acompañada de sobreexcitaciones que lentamente cansan el sistema nervioso; y así es como las dispepsias, palpitaciones anormales, vértigos, náuseas matutinas y faringitis crónicas forman el cortejo natural de los ensueños juveniles. Períodos de laxitud le siguen, que sólo desaparecen aumentando las dosis de nicotina o sustituyéndola con el alcohol, de lo que resulta que en México todo fumador está irremisiblemente condenado a ser un candidato para el alcoholismo” (pp. 17, 18, 19).

11. *El mal humor*.—Otra anomalía que observa Guerrero en este mexicano es su predisposición al mal humor o flato. “Cuando pasan las lluvias y una aridez abrasadora calcina la tierra, deseca los arroyos de los barrancos y evapora el agua de los lagos; cuando el mal olor de éstos en rápida evaporación se difunde por el aire, la cabeza se abruma; poco a poco se infiltra en el espíritu una displicencia inmotivada; respuestas secas y cortantes se escapan sin sentir; los espectáculos cotidianos se ven como cuadros desagradables o sombríos: lo ridículo despierta concepciones trágicas de la vida o meditaciones melancólicas; y poco a poco se desarrolla una malevolencia inconsciente, injusta e irascible, que despide interjecciones insultantes en medio de un mutismo feroz.

“El *mal humor o flato*, como vulgarmente se llama a esta displicencia, es generalísimo en todas las edades y en todas las clases de la sociedad, ocasionando la mayor parte de los disgustos domésticos. Por él son irrespetuosas las hijas con sus madres, y las reyertas conyugales muchas veces inmotivadas. Aparece en los niños desde su más tierna edad, y es lo que los agita cuando, sin estar enfermos ni haber causa aparente alguna, lloran sin cesar y se revuelcan en el suelo emberrinchinados, pateando y gritando hasta que por el ejercicio de esos accesos o por el llanto sus nervios se descargan. Ya de hombres y cuando no tienen algún freno moral restrictivo, no es raro, sino muy frecuente que sin razón ni pretexto agredan al primer transeúnte que encuentran. Hay artesanos y colegiales que, presas de él, salen de sus casas con el único objeto de reñir, para descargar sus nervios, como lo manifiestan con la expresión de *darse gusto*, es decir, golpes o cuchilladas según la clase social del reñidor, hasta que quedan muertos o cansados” (pp. 21-22).

12. *Inclinación a la deshonestidad*.—La inclinación a la deshonestidad, es otra anomalía de este mexicano. “El extranjero que llega a México por primera vez, se admira de la tranquilidad asiática con que hombres y mujeres satisfacen en la vía pública sus necesidades corporales sin más recato que una mirada de vigilancia al gendarme, y no por honestidad, sino por temor a la multa que esa infracción de policía implica. Las señoritas americanas sienten quemárseles las mejillas con este espectáculo callejero de una desvergüenza netamente animal, y se admiran al ver la indiferencia con que los caballeros mexicanos la presencian. Las parejas de enamorados entre léperos y artesanos, sin recato alguno, no son

en verdad una simple exhibición de galantería y coquetismo, sino el rezo animal de los perros, que a fuerza de presiones musculares procuran encender la brama y satisfacer su deseo. Y estas escenas son en todos los zaguanes y en todos los bancos de los parques públicos. Niños que apenas saben hablar, descalzos y desarrapados, gritan con toda la fuerza de sus pulmones en plena calle los insultos más soeces y obscenos que pueda tener la coprolalia más impúdica del planeta; el colegial que pasa, en *guasa* los repite a sus compañeros; los cargadores hacen coro a la puerta de las pulquerías, sin que las personas decentes se preocupen por esa palabrería inmundada que en cualquier otra parte constituiría un atentado público contra el pudor y las buenas costumbres. En México es tan familiar el caso, que el gendarme escucha y ríe o bosteza según la gracia o estultez del que habla. En los cuarteles y colegios nacionales de varones este lenguaje se refina, tiene su vocabulario y sus modismos, sus refranes y cantares, se hacen retruécanos, y largas horas se pasan jugando con las obscenidades de sus voces, o relatando en él chascarrillos dignos de Rabelais, pero con toda la suciedad del criterio sucio de los léperos mexicanos. Tiene literatura escrita, y circulan clandestinamente cartas eróticas, poesías, cuentos y novelas con ilustraciones al crayón o a la acuarela, que al verlas se estremece de horror el espíritu, pensando que ese producto morboso de las literaturas epilépticas de las sociedades agotadas, con el cual ni los furores eróticos de Nerón, descritos por Salustio, son comparables, ¡ya es el estudio predilecto de niños de doce y catorce años! La tabla de logaritmos les sirve de asiento, la cosmografía de Andonard o cualquier otro texto; y en los rincones más apartados del colegio devoran esos libros o los de la literatura francesa que cantan el *cerdismo* humano. En las paredes se leían obscenidades y se veían figuras que Lombroso sólo ha recogido en los palimpsestos de las prisiones o en el tatuaje de los criminales; y no eran raras las figuras lúbricas de barro de Guadalajara que misteriosamente y como prueba de amistad iban pasando de colegial en colegial . . ." (pp. 320-322).

13. *Tendencia a la crueldad.*—Como una anomalía más de este mexicano señala Guerrero su tendencia a la crueldad. En la Mesa Central "el carácter en gran parte de la sociedad ha degenerado y las tendencias feroces de los aztecas han reaparecido. Después de diez generaciones ha vuelto a palpar en algunos pechos de nuestros compatriotas el alma

bárbara de los adoradores de Huitzilopochtli; de aquellos de las *primaveras sagradas* que iban al son lúgubre de su *teponaxtli* a hacer *razzias* de prisioneros en las marcas de Tlaxcala y Huejotzingo, para abrirles el pecho con cuchillos de obsidiana, arrancarles el corazón y devorarlo en holocausto a sus dioses. Tres siglos de misas y cuarteles fueron pues muy poco para la evolución completa del carácter de esas masas; y si hoy todavía reaparece en el campesino de la Silesia el sármata de Atila, en nuestras luchas políticas ha resurgido de las multitudes, a la par que el guerrero indomable de Ahuizotl, el sacerdote sanguinario de Huitzilopochtli” (pp. 235-236).

Corroboran esta tendencia a la ferocidad o crueldad, “la afición delirante que hay por corridas de toros y peleas de gallos; las riñas a mano armada que apenas se traban en la calle forman un corro de espectadores, que siguen con interés los episodios de la lucha, y que sólo en el Distrito Federal fueron 11,692 el año de 1896, es decir, casi tantas como las que ha tenido en el Transvaal el ejército inglés de cerca de 200,000 hombres en cinco meses de campaña; y las ejecuciones capitales que atraen a las multitudes, y por las que se prescinde de cualquier otra *diversión*, sufriendo por ellas y con impavidez las molestias del sol, hambre, cansancio y lluvia. No hace tres años que la inmensa mayoría de nuestra prensa hizo alarde de profesar la necesidad de la pena de muerte como el cánón sagrado de nuestro credo político; y no faltaron al día siguiente de ser ejecutado Cota, el 17 de septiembre de 1897, artículos humorísticos del trágico suceso” (pp. 233-234).

14. *La melancolía*.—Observa Guerrero que este mexicano padece también largos accesos de melancolía. He aquí los términos en que describe esta anomalía. El mexicano del Altiplano, “aunque no es triste por naturaleza, tiene largos accesos de melancolía; como lo prueba el tono espontáneamente elegíaco de sus poetas, desde Netzahualcóyotl, o el que firma las composiciones conocidas con su nombre, hasta la serie inacabable de románticos de los tiempos modernos; y la música popular mexicana escrita en *tono menor*: esas danzas llenas de melancolía que las bandas militares lanzan en los parques públicos a las brisas crepusculares, preñadas de suspiros y sollozos, y esas canciones populares que al son de la guitarra en las noches de luna se entonan en las casas de vecindad o por los gallos que recorren las avenidas. El medio en que habitamos

suele transformar en tendencias melancólicas la gravedad del indio y la seriedad del castellano. En la capital, sin embargo, el uso del alcohol y otras causas que después estudiaré, a veces neutralizan este resultado, desarrollando un aticismo rudo y malévoló que hace reír del prójimo, y una filosofía semihistórica y semiburlona que hace desdeñar la vida y afrontar la muerte a puñaladas o balazos por cualquier chiste de banqueta o párrafo de gacetilla" (pp. 23-24).

15. *Sentimiento del ridículo.*—El sentimiento del ridículo es señalado por el autor como otra anomalía del mexicano de la Meseta Central. El "contraste constante entre lo grandioso y lo raquíto, entre magnificencias de la naturaleza y mezquindades humanas; el espectáculo cotidiano de mendigos que levantan la frente y lucen harapos en atmósfera de dioses, ha producido el sentimiento del ridículo y el aticismo citadino de nuestro pueblo: alegre y burlón en tiempo de aguas, burlón y sanguinario en el de secas, pero que rechaza siempre con risas toda costumbre, moda o empresa que rompa la armonía de un aspecto actual. Un cargador con sombrero de seda, una criada con sombrilla, un jinete de levita y en silla vaquera, destacan tan perfectamente sus contornos grotescos en nuestro ámbito luminoso, que se constituyen entre nosotros como tipos simbólicos del ridículo y dan ocasión a risas y escándalos si se presentan en la calle.

"Este sentimiento es tan natural que siempre ha encontrado forma literaria en las sátiras y sarcasmos con que han manifestado su ingenio nuestros principales escritores, habiendo constiuído un género verdaderamente nacional desde los primeros años de nuestra vida independiente.

"En la conversación se manifiesta como necesidad intelectual de nuestras costumbres este aticismo, en la *chuela*, esa burla fina pero cruel y malévoló que se hace de las personas a quienes se considera inferiores. En los colegios es la primera hazaña intelectual el *verla* a sus compañeros. Los oficinistas se tratan en esa forma y es prueba familiar de afecto en las amistades, procurando que recaiga por la connotación de un apodo o por conversación directa sobre algún defecto que mortifique al que es objeto de ella y que se empeña en ocultar. Aun en tertulias de buen tono, suele usarse como alarde de ingenio haciéndola incidir sobre relaciones clandestinas de dos amantes, o sobre algún accidente desagradable para el que es víctima de la burla. El periodismo ha llegado a producirla en

chistes macábricos y paliques humorísticos, aun en las circunstancias más tristes: ha habido quien comente en *son de guasa* la agonía de un ajusticiado, y caricaturistas que tomen rápidamente las líneas de su última postura. Hasta los personajes de alta categoría en sus funciones oficiales y en los momentos más solemnes, aprovechan la oportunidad para describir el ridículo que perciben en los otros. Cuando Mangino como Presidente del Congreso coronaba a Iturbide, le dijo en voz baja entre las fórmulas litúrgicas y al sujetarle la corona: "no se le vaya a caer a Vuestra Majestad"; y se cuenta que cuando en Querétaro sacaron a los reos para el cadalso, Maximiliano preguntó a Miramón si un toque de clarín que oyó anunciaba que ya iban por ellos: "No lo sé —contestó éste— porque es la primera vez que me fusilan" (pp. 53-57).

16. *La creencia en lo fortuito*.—Finalmente, Guerrero señala como anomalía de este mexicano su creencia "en lo fortuito e imprevisible", es decir, su creencia en "la suerte" en el "azar", en el "juego" como "criterio práctico" para juzgar o estimar la vida. Las "bonanzas como las cosechas, como las inundaciones, como las sequías o granizadas"; "la prosperidad como la ruina, se han considerado como fenómenos completamente extraños a la previsión y al cálculo. Hase creído y créese todavía por muchos que son fortuitos; que están sujetos a una producción caprichosa y arbitraria; y como lo mismo sucedió durante mucho tiempo con los puestos públicos, que, aparte de la minería y agricultura, fueron el otro medio que los reemplazó para ganarse la vida en México, el mexicano llegó a admitir como principio capital de su criterio práctico: que el éxito y la fortuna en todas las empresas, la riqueza y los honores, lo mismo que la ruina, la miseria y el desprestigio, son fenómenos enteramente independientes de la voluntad humana" (pp. 31-32).

"En resumen y debido siempre en todo o en parte a la atmósfera, el mexicano de la Mesa Central, y tanto menos cuanto más alta ha sido la región donde ha vivido, jamás ha podido contar con el porvenir ni para su vida, ni para su salud, ni para sus siembras, ni para sus minas, ni para su fortuna, ni siquiera para su subsistencia cotidiana; y la falta aparente de la uniformidad en los fenómenos de la naturaleza, resentida de generación en generación, hale desarrollado al cabo un criterio compuesto de simples coexistencias, que a su vez le ha formado la creencia íntima de que en la Naturaleza todo es aleatorio y caprichoso. Como

consecuencia lógica, le ha nacido una afición invencible a la única manera que tiene en su poder para reproducir en la misma forma imprevisible las contingencias de éxito y fracaso de la vida, en lo que se refiere por lo menos a la riqueza y a la miseria, es decir, al *juego*; y así es como se explica lo extendido que este vicio está en México.

“No hay población de la República que no tenga su feria periódica cada año, ni feria que no tenga sus partidas al aire libre durante dos meses cuando menos. En los presupuestos de todas las poblaciones de importancia hay el ingreso clandestino de la contribución por tolerancia de las casas de juego. Hasta ha poco dejaban en la capital \$182,500.00 anuales. Las loterías hacen negocios tan pingües como si siempre se sacaran los premios principales; y en los frontones circularon por mucho tiempo, tarde con tarde, de \$40 a \$50,000 en apuestas a azules y amarillos. El vicio es tan general, que los niños aprenden a conocer los naipes antes que el alfabeto, y antes que tengan las primeras nociones del dinero apuestan sus centavos en la ruleta de los *barquilleros*. Una gran parte de los mexicanos, cualquiera que sea su condición social, vive de él, en parte cuando menos, sin que pueda asignársele fecha al origen de tan funesta tendencia, pues en cualquier época histórica que se estudie se le encuentra en pleno apogeo.

“Antes de la era ferrocarrilera actual, San Agustín de las Cuevas era el emporio de la baraja, y llegada la temporada de la feria eran continuas durante dos o tres meses las romerías de gente a pie, en carruajes y a caballo, que de la capital peregrinaban hacia allá en pos de un albur afortunado. A Iturbide se le participó su proclamación al Imperio cuando jugaba una partida de tresillo. Al virrey Iturrigaray se le comunicó la noticia de la abdicación de Carlos IV cuando jugaba a los gallos en Tlalpan. Poco después, en 1815 y cuando los guerrilleros insurgentes impedían llegar a esta villa, las partidas se establecieron en Jamaica para no privar de esta diversión a los aficionados. El número de jugadores entonces llegó a hacerse alarmante, y pensóse en contener el vicio; pero no era fácil, porque constiuído en profesión venía de muy antaño, pues en las bacanales de la Conquista con baraja y dados se disputaban los jugadores su parte de botín, y entre los cargos hechos por el obispo Zumárraga a los miembros de la Primera Audiencia, había el de tolerar el juego, apropiándose las cantidades que con tal motivo recogían y abonándoselas a sí mismos a guisa de sueldos. Hasta entre los antiguos *mexica*

había jugadores de profesión que, sentados en público alrededor de un *petatl*, circuidos por curiosos y apostadores, jugaban al *patoli* sus fortunas y hasta sus personas, invocando a la diosa *Maxiulcoshitl* entre el humo del *picietl* (tabaco) y repetidas libaciones de pulque.

“Hoy los puntos de las partidas, los concurrentes a frontones, los jugadores de loterías y rifas, los socios de los casinos y reuniones privadas *ad hoc*, salones especiales para caballeros en los bailes, los que cotidianamente juegan sus partidas de tresillo durante tres, cuatro, seis y hasta ocho horas por la noche, o arriesgan sus apuestas a *pocker*, *bacarat*, *conquián*, *paco*, *dominó*, *dados*, *ranfla* y *corchito* en los billares y boliches, porras o *águila* y *sol* y *rayuela* en las pulquerías, etc., constituyen una parte muy considerable de la población masculina mexicana.

“Este grupo, por hacer habitualmente de sus juegos los problemas que absorben lo mejor de sus meditaciones, no sólo sufre las funestas consecuencias morales y pecuniarias del vicio, sino que adquiere paulatinamente un criterio absurdo para juzgar el resto de la vida, pues llega a creer que sus fenómenos dependen de coexistencias anómalas y extravagantes, y sacrifica a sus prejuicios cualquier ameritación racional, deductiva o inductiva, que lo pudiera conducir al éxito o a la verdad.

“El más curioso ejemplo que presenta de sus sofismas habituales es la falsa aplicación que hace del cálculo de probabilidades; pues por el número de veces que una carta en los albures o una cifra en la ruleta ha salido, infiere que saldrá o no en lo sucesivo, sin comprender que cada albur, vuelta de ruleta o golpe de dados, es enteramente independiente de los anteriores y posteriores. Hay en las *partidas* individuos asociados, que durante meses enteros siguen, por ejemplo, el número de veces que la *sota* sale con el *rey* o con el *as*, o las series rítmicas de números que han precedido a la salida de la *casa chica* o del *veinte colorado*, para inferir que acertarán en sus apuestas; hasta tienen sus aforismos a los que atribuyen el valor de axioma, como *patas de sota*, *dos seguro*, etc.

“Quienes así conciben los problemas de éxito o fracaso, natural es que se habitúen a transportar el criterio con que provén el resultado de sus albures y demás apuestas a todo lo que pueda implicar un problema de porvenir, si por la naturaleza intrínseca de éste o por la ignorancia personal de los jugadores es imposible de prever y calcular; y así es como el espíritu va cayendo de error en error hasta las más toscas aberraciones de raciocinio. En varias parroquias de la capital, por ejemplo, se

practican rifas periódicas para sacar a las ánimas del Purgatorio; uno de los principales jefes de la reacción (Miramón) se lanzó a la guerra y revolvió el país durante más de tres años por el resultado de un albur; y hará unos diez años, supe de una manera fidedigna que para obtener el perdón de un condenado a muerte en un pueblo cercano a esta capital, se jugó su vida en un albur contra un billete de mil pesos del Banco de Londres.

“Toda esta gente forma pues su criterio con series falsas de coexistencias fortuitas para presumir un acontecimiento deseado, e incurre al cabo de una manera normal en el viejo sofisma *post hoc, propter hoc*, germen psicológico de todas las supersticiones, y que a fuerza de encarrillar al pensamiento en una misma forma de errores ha llegado a crear entre los jugadores primero, y después entre los sugestionados por ellos y que razonan con su misma lógica torcida, la entidad abstracta de todos los resultados aleatorios, creación ontológica que llaman *La Suerte*, y a la que atribuyen una influencia inconstable y constante en todos los episodios de la vida, considerándola superior a todo empeño de la voluntad y sustraída a toda combinación de la inteligencia.

“Pero este criterio no es en el fondo sino el teológico, envilecido con supersticiones más o menos groseras según la cultura del que lo profesa; pues no es fácil distinguir entre el sofisma que induce a sacrificar una fortuna a una carta predilecta cuando se presenta con otra, y el que induce a practicar liturgias extravagantes para conseguir la producción de un fenómeno natural. Apostar a la ruleta sobre dos nones o dos pares *en cruz*, o a un caballo en un albur colocando las monedas precisamente en el busto del jinete, por ejemplo, son supersticiones del mismo género que la que hace elegir el día *doce* de un mes para su matrimonio, o la que impone el nombre de un santo como augurio y talismán de felicidad en el bautismo de un niño. Así pues, nada extraño es encontrar en los jugadores todo género de supersticiones, como que recen al apostar o atribuyan a los santos de su devoción las predilecciones que ellos tienen por determinadas cartas de la baraja. Muchos son irreligiosos y aun ateos; pero de éstos mismos, pocos son los que no creen que “La Suerte” se sustituye a los santos de los otros para que salga la carta o número que esperan, atribuyéndole de una manera vaga pero sincera una intervención directa y volicional en sus éxitos y en sus fracasos. Hay, pues, en el fondo de un criterio de jugador, una concepción teo-

lógica del Universo; y por esto se explica que dado el número crecido de jugadores que accidental o profesionalmente hay en México, siempre haya habido un número correspondiente de creyentes para todos los cultos que le han querido forjar sus sacerdotes, con tal de que al ídolo se le haya atribuído un poder incondicional sobre todos los fenómenos de la Naturaleza. Hoy buscan el éxito pecuniario en las ferias periódicas haciendo sus proyectos de apuestas; pero al lado de la partida, está el santuario donde el mismo jugador reza trisagios para ganar en los alburres, y donde otros peregrinos, con combinaciones tan arbitrarias de voces y genuflexiones como las apuestas, procuran la consecución de un acontecimiento que juzgan propicio para ellos" (pp. 31-44).

17. *Origen y naturaleza de las anomalías del mexicano.*—Pero Guerrero no se conforma con decirnos que el mexicano de la Meseta Central presenta esas anomalías que se acaban de describir, esto es, no se conforma con decirnos que este mexicano es perezoso, apático, penante, mortificante, vicioso, malhumorado, deshonesto, cruel, melancólico, ridículo y jugador, sino que nos explica, además, la *razón de ser*, el *porqué* de esas anomalías, nos dice la causa por la que este mexicano se comporta de esas diversas maneras.

Sostiene Guerrero que las deformaciones psíquicas y los defectos de carácter que presenta este mexicano, tienen una explicación telúrica; su origen hay que buscarlo en las condiciones meteorológicas y geográficas de la Meseta Central. Su gran altura sobre el nivel del mar, su enrarecimiento y resequeidad del aire, sus cambios atmosféricos bruscos y exagerados, su luz deslumbrante y su paisaje árido, ejercen poderosa influencia en la fisiología, psicología, carácter, costumbres, cultura, industria, minería y labranza de los mexicanos de esta región. Esta influencia, cuando no se la combate con medios higiénicos o con esfuerzos de voluntad, llega a revestir un "aspecto crónico" y a producir esas "modificaciones del carácter", esas "anomalías climatéricas" ya señaladas. Así, el "enrarecimiento del aire y su resequeidad en las horas caliginosas del día", amortigua las actividades del habitante del Altiplano y produce la *atonía o pereza muscular*; la "acción depresiva y repetida" de las "horas y épocas enervantes de nuestro clima", ocasiona la *pena o mortificación*; con el "mal olor" de los lagos, arroyos y barrancos que en rápida evaporación se difunde por el aire, la cabeza se abruma y se infiltra en el espíritu

PRIMEROS ESTUDIOS SOBRE EL MEXICANO

el *mal humor*; el "aire reseco, caliente y luminoso", destempla los nervios y produce la *crueldad*; "cuando la atmósfera no está cargada, el espíritu se *sosiega*", pero reacciona en sentido depresivo, engendrando largos *accesos de melancolía*; el contraste constante entre las "magnificencias de la Naturaleza y mezquindades humanas", predispone al *sentimiento del ridículo*; la "falta aparente de uniformidad en los fenómenos de la Naturaleza", explica la *creencia en lo fortuito* y la *afición al juego*.

El hecho de que esas deformaciones o anomalías que presenta el mexicano tengan un origen telúrico, revela que ellas no son algo ontológico sino accidental; no "atacan las energías profundas del espíritu sino las superficiales" (p. 16); son meras "consecuencias accidentales" producidas por las condiciones de la atmósfera; desaparecidas esas condiciones, por la acción de una buena política higiénica, desaparecerán también esas anomalías del carácter del habitante del Altiplano.

JUAN HERNÁNDEZ LUNA